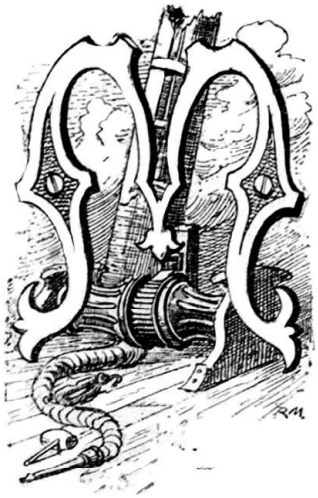
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, SOLDADO DE MARINA

J. FERNÁNDEZ GAYTÁN

Que al fin has respondido a ser soldado, antiguo y valeroso, cual lo muestra la mano de que estás estropeado.

(*Viaje al Parnaso*. M. de Cervantes).



UCHO se ha escrito, se escribe y escribirá sobre la batalla naval de Lepanto, en la cual la Armada cristiana, del mando de don Juan de Austria, su generalísimo, derrotó a la turca, mandada por Alí-Bajá, en aguas del golfo de aquel nombre un 7 de octubre de 1571, día en que la Cristiandad conmemora la festividad de la Santísima Virgen del Rosario.

Permítase a este infante de Marina recuerde aquí a otro *que en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros,* perdió *el movimiento de la mano izquierda para gloria de la diestra:* Don Miguel de Cervantes Saavedra, que a bordo de la galera *Marquesa*, mandada por el capitán Francisco de San Pedro, y como soldado aventajado, tuvo una actuación heroica.

Pasemos por alto sus principios, desde su nacimiento en Alcalá de Henares (el 9 de octubre de 1547, siendo sus padres don Rodrigo de Cervantes, cirujano, y doña Leonor de Cortinas) hasta su ingreso en la milicia, de la que nos dirá en el discurso de las armas y las letras, del *Quijote*, y refiriéndose a la vida del soldado: *No hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la misericordia de su paga, que*

Miguel de Cervantes.

viene tarde o nunca, o a la que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe salir frío contra toda naturaleza. Pues esperad que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas.

A finales del año 1568, sin contar aún los veintiún años de edad, pasa Cervantes a Italia, como paje en la comitiva de monseñor Julio Acquaviva, legado pontificio, con el cual visitó todo aquel país. Deja después el servicio de monseñor Acquaviva y el año 1570 ingresa como soldado aventajado. Ya antes, su padre había solicitado, el 22 de diciembre de 1569, información de limpieza de sangre, para que su hijo Miguel pudiera utilizarla. En ella, *el muy magnifico licenciado Duarte de Acuña, teniente corregidor de la villa de Madrid,* previa declaración de testigos, en que se manifestaba que ni *él* (Cervantes), *ni yo, ni la dicha mi mujer, ni mis padres, ni abuelos, ni los de la dicha mi mujer hayan sido ni somos moros, judíos, conversos ni reconcilia dos por el Santo Oficio de la Inquisición ni por ninguna otra justicia de caso de infamia, antes han sido y somos muy buenos cristianos viejos, limpios de toda raíz...*

Ya es soldado aventajado, dijimos, *vestido de papagayo*, a su decir, ingresando en la Compañía de Diego de Urbina, *un famoso capitán de Guadalajara*, nos dijo de él Cervantes, del Tercio de don Miguel de Moncada. Debió ser esto por el año 1570. Los motivos de elegir esta noble profesión fueron explicados por él mismo: *el ejercicio de las armas, aunque arma y dice bien á*

todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre.

Su primera campaña fue, probablemente, el socorro de Chipre, atacada por los turcos. Se reúnen en Otranto las galeras españolas, del mando de Juan Andrea Doria, con las del Papa y las de Venecia, mandadas, así como el conjunto, por Marco Antonio Colonna. El resultado fue un fracaso; los turcos se apoderaron de Nicosia, capital de la isla, y la armada cristiana regresó a Nápoles.

El peligro turco aumenta: Selim II pretende ser señor y dueño del mar latino; esto obliga al Santo Padre Pío V a organizar la *Santa Liga*, para cuyo mando nombra, como generalísimo, a don Juan de Austria. En Nápoles embarca, como ya sabemos, Cervantes en la galera *Marquesa*. El 7 de octubre de 1571, fecha de la batalla naval de Lepanto, se hallaba éste *enfermo de calenturas*, por lo cual sus compañeros, e incluso su capitán, trataron de convencerle para que se retirase y no tornase parte en la acción, a lo que se negó rotundamente, porque, *¿qué se diría de Miguel de Cervantes? En todas las ocasiones que hasta hoy en día se han ofrecido de guerra á su Majestad y se ha mandado, le he servido muy bien como buen soldado; y así ahora no hará menos, aunque esté enfermo y con calentura: más vale pelear en servicio de Dios y de su Majestad y morir por ellos, que no bajarme socubierta: así pues, póngame en el lugar más peligroso, y en ello se hará merced*. A esto accedió Diego de Urbina, su capitán, ordenando lo colocaran, con doce soldados bajo su mando, junto al esquife, que era uno de los sitios de mayor peligro.

De su presencia en el combate, nos dirá el alférez Mateo de Santisteban, en una declaración hecha en el año 1578: *Que el día de la batalla que el dicho señor don Juan de Austria dio á la armada turquesca, este día vió que el dicho Miguel de Cervantes sirvió en la dicha batalla era soldado de la compañía del capitán Diego de Urbina, en la galera Marquesa, de Juan Andrea Doria, en el cuerno de tierra, y que un año antes había que el dicho Miguel de Cervantes servía en la dicha compañía, porque lo vió asimismo este testigo..., que se halló presente por ser soldado de la misma compañía*.

Años más tarde nos evocará Cervantes en su inmortal *Quijote*, las horas que vivió en Lepanto: *...Y si éste parece no pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventaja el de embestir dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales, enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza y viendo que al primer descuido de los pies irá a visitar los profundos senos de Neptuno, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de*

Vista de la batalla de Lepanto.

admirar, que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si éste también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de su muerte: valentía y atrevimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra.

Recibió Cervantes en la lucha tres arcabuzazos, dos en el pecho y otro en la mano izquierda *que le quedó manca y estropeada; de estas heridas siempre se mostró orgulloso, como recibidas en la más alta ocasión que vieron las siglos pasados, los presentes ni esperen ver los venideros, y como estrellas que guían al cielo de la honra*, feliz por haberse encontrado en tan gloriosa jornada, pese a haber sido herido, lo que prefería a estar sano, nos dice, *porque el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga*.

Al siguiente día del combate, el generalísimo visitó todas las naves, preocupándose por el estado de los heridos. En la *Marquesa* se entera don Juan de Austria del heroico comportamiento de Cervantes, por lo que le concede tres escudos sobre su paga ordinaria.

Después de la batalla, pasó la armada cristiana a Mesina, donde fue hospitalizado Cervantes y convaleció de sus heridas. Ya restablecido, ingresa en la compañía del capitán don Manuel de León, del Tercio de don Lope de Figueroa, embarcando en una de las galeras que mandaba don Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz. Asiste durante el verano de 1572 a nueva campaña contra los turcos en el archipiélago griego; desgraciadas jornadas de Navari-

no, donde se dio cuenta de la *ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca, porque todos los levantes y jenízaros que en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mismo puerto, y tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego sin esperar ser combatidos, tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que a los nuestros regía, sino por los pecados de la Cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió a Modón, que es una isla que está junto a Navarino, y echando la gente en tierra fortificó la boca del puerto y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió. En este viage se tomó la galera que se llamaba la* Presa*, de quien era capitán un hijo de aquel famoso corsario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada la* Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz; y no quiero de decir lo que sucedió en la presa de la Presa.*

Era tan cruel el hijo de Barba Roja, trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venían al remo vieron que la galera Loba *les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados que á poco más que pasó del árbol ya había pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba y el odio que ellos le tenían.* Y de Modón, al año siguiente, a la ocupación de La Goleta y Túnez. En ésta también se halló su hermano Rodrigo: después a Cerdeña, de guarnición, y, más tarde, a Génova y Espezia.

El año 1574, los turcos atacan La Goleta, por lo que se organizan socorros para ir en su auxilio; el mal tiempo hace que fracase la operación, y la armada que mandaba don Juan de Austria tiene que retirarse y arriba a Sicilia. Cervantes se halló en todas estas expediciones. El año 1575 obtiene licencia para regresar a España desde Nápoles.

Con cartas de recomendación de don Juan de Austria y del duque de Sesa para Felipe II, en las que alababan sus méritos, a la par que manifestaban tenerle en gran estima, embarcó por fin en aquel puerto, en la galera *Sol*, rumbo a España. Con él iban su hermano Rodrigo, que también había servido como soldado en estas campañas; Pero Díez Carrillo de Quesada, gobernador que había sido de La Goleta y más tarde general de Artillería, y otros militares y caballeros nobles que a España volvían.

Siempre se acordará de su manquedad: *Lo que no he podido dejar de sentir es que se me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano detener el tiempo, que no pasase para mí, o si mi manquedad hubiese nacido en una taberna, sino siendo en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados,*

los presentes ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se tomaron.

Eran tres las galeras que un 20 de septiembre de 1575 zarparon de Nápoles rumbo a España; a más de la *Sol*, la *Higuera* y la *Mendoza*. Costeando, buscando el golfo de Lyon, cerca de las Tres Marías, en las proximidades de Marsella, tropiezan con unas galeras mandadas por Arnaute Mamí, capitán de la mar de Argel; ya las otras galeras se habían separado de la *Sol*, que es acometida por tres, y después de desigual combate, en el cual Cervantes se distinguió por su heroica actuación, cayó en poder del enemigo. Así nos lo cuenta él mismo:

No tardaron mucho en llegar los enemigos y tardó harto menos en calmar el viento, que fue la total causa de nuestra perdición. No osaron los enemigos llegar a bordo, porque viendo que el viento calmaba, les pareció mejor aguardar el día para embestirnos: Hiciéronlo así, y, el día venido, aunque ya los habíamos contado, acabamos de ver que eran quince bajeles gruesos los que cercados nos tenían, y entonces se acabó de confirmar en nuestro pecho el temor de perdernos. Con todo esto, no desmayando el valeroso capitán ni ninguno de los que con él estaban, esperó a ver lo que los contrarios hacían, los cuales, luego como vino la mañana, echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un recado enviaron a decir a nuestro capitán que se rindiese, pues veía ser imposible defenderse de tantos bajeles, y más que eran todos los mejores de Argel, amenazándole de parte de Arnaute Mamí, su general, que si disparaba alguna pieza el navío, que le había de colgar de una antena en cogiéndole, y añadiéndole a ésta otras amenazas. El renegado le persuadía que se rindiese, mas no queriendo hacerlo el capitán, respondió al renegado que se largase de la nave, si no que le echaría al fondo con la artillería. Oyó Arnaute esta respuesta y luego, cebando el navío por todas partes, comenzó a jugar desde lejos la artillería con tanta priesa, furia y estruendo, que era maravilla. Nuestra nave comenzó a hacer lo mismo, tan venturosamente, que a uno de los bajeles que por la popa combatían echó a fondo, porque le acertó con una bala junto a la cinta, de modo que, sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió la mar. Viendo esto los turcos, apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo y no con poco nuestro ... Mas no por iras cansando contando particularmente las cosas sucedidas en este combate, sólo diré que después de habernos combatido dieciséis horas y después de haber muerto nuestro capitán y toda la más gente del navío a cabo de nueve asaltos que nos dieron, al último de ellos entraron furiosamente en el navío ... De esta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron a la enemiga galera capitana, donde fui luego curado con alguna diligencia. (*La Dorotea*).

Tocó a Cervantes por dueño el arráez Dalí Miami, renegado griego; como quiera que éste le encontrara las cartas de recomendación que llevaba, creyó que aquél sería un caballero principal español y *persona de gran reputación y calidad*, por lo cual pensó conseguir un rescate *muy crecido y ventajoso*; por tanto, quiso asegurarlo cargándole de cadenas y poniéndole guardias de vista, *vejándole y molestándole fieramente*, a fin de que, tras el largo padecer, solicitase su libertad. Sin embargo, Cervantes creyó poder arreglar todo por sí mismo; para ello se puso de acuerdo con otros esclavos cristianos, especialmente con don Francisco Meneses, capitán que había sido en La Goleta; don Beltrán del Salto y de Castilla, también hecho cautivo en dicha plaza; los alféreces Gabriel de Castañeda y Ríos, el sargento Navarrete, un caballero llamado Osorio y otros más.

Para conseguir su liberación, entabló relaciones con un moro *de su confianza,* a fin de que les sirviera de guía y los llevase por tierra a Orán. Ya puestos en marcha, el tal moro los abandonó, viéndose obligados a volver a Argel. De nuevo los malos tratos, *en particular Cervantes,* el cual, por este intento de fuga, fue cargado de cadenas *y se le estrechó mas su prisión y encerramiento*. De todo esto nos contará él en una epístola:

Cuando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra,
no pudo el llanto detener el freno,
que a mi despecho, sin saber lo que era,
me vi el marchito rostro de agua lleno.

Sin embargo, a nuestro don Miguel no se le quita de la cabeza la evasión. En tanto, habían llegado a Argel unos frailes redentoristas, con el fin de rescatar cautivos. Con ellos traían una cierta cantidad que el padre del inmortal escritor había conseguido, empeñando su propia hacienda y el patrimonio de sus hijos *quedando por consecuencia reducido a la mayor estrechez y pobreza*. Al recibir Cervantes estos dineros, trató de ajustar su rescate con su amo, Dalí Mami, pero como quiera que éste le consideraba un personaje principal, y siendo grande su codicia, creyó corto el precio ofrecido y se negó en rotundo a entrar en ningún trato. Por ello obtuvo Cervantes el rescate de su hermano Rodrigo, esclavo del rey de Argel, Ramadán Bajá. Corría el año 1577 cuando fue liberado Rodrigo, a quien su hermano había encargado que, llegado a España, procurase se aprestase una fragata armada que, desde las costas de Valencia, Mallorca o Ibiza arribase al punto que se le señalara, *en las cercanías de Argel*, para liberar y conducir a España a Cervantes y a otros cristianos. Para mayor facilidad, obtuvo éste cartas de don Francisco de Valencia y don Antonio de Toledo, caballeros de la Orden de San Juan, cautivos como él en Argel, a fin de que rogasen a los virreyes de dichas provin-

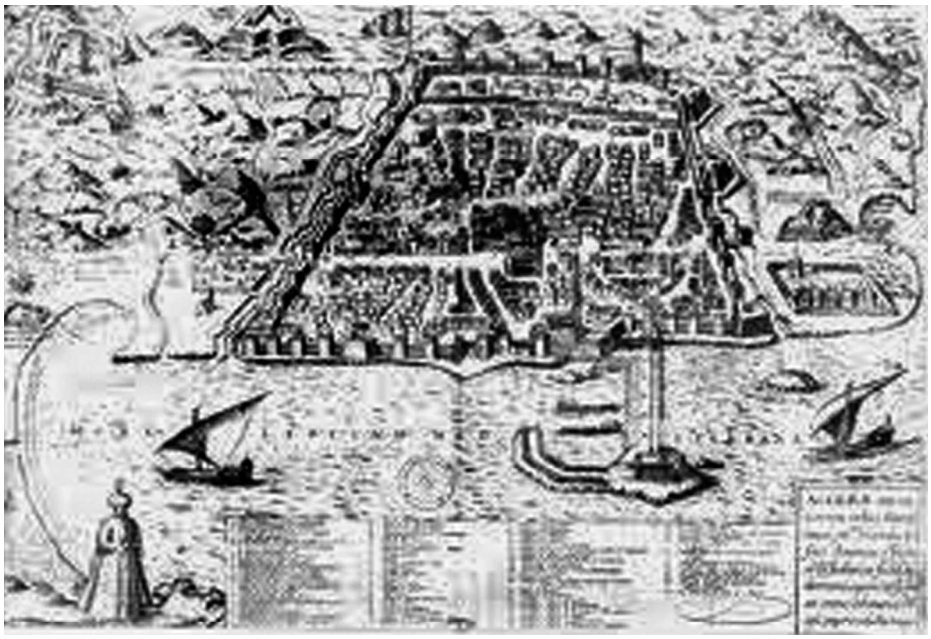
cias el apresto de un bajel, explicándoles además el objeto de tan osada empresa.

No obstante, Cervantes pensó siempre en liberarse y liberar a sus compañeros por sus propios medios, sin ayuda ajena. Y a tal fin tenía tomadas las medidas que en su opinión habrían de asegurar la fuga.

El alcaide Azán, renegado griego, poseía un jardín en las cercanías de la mar, del cual cuidaba Juan, esclavo suyo natural de Navarra. Este, de acuerdo con Cervantes, había preparado en lo más oculto de dicho jardín una cueva; allí se habían escondido, según aquél les indicara, varios cristianos a finales de febrero de 1577. Fuéronse agregando sucesivamente otros, así que cuando Rodrigo de Cervantes, ya liberado, partió para España, eran unos quince los que en la cueva se hallaban refugiados, *todos hombres principales*. Miguel de Cervantes es el jefe nato de esta *república subterránea*; él se preocupa de la seguridad y subsistencia de todos, por lo que procura interesar en ella al jardinero, *que le servía de escucha y atalaya*, a fin de que nadie pudiera descubrirlos, y a otro cautivo llamado el Dorador, natural de Sevilla, que de muy joven había renegado de su fe, aunque más tarde volvió a ella. Era éste el encargado de comprar los víveres para los escondidos en la cueva, así como también de conducirlos a ella. Ya reunidos los cristianos que querían liberarse, Cervantes creyó próxima la presencia de la nave liberadora y huyó de la casa de su dueño, acogiéndose a la cueva junto a sus compañeros.

Las cartas que su hermano Rodrigo llevara surtieron efecto. Con gran diligencia se equipó una fragata en Mallorca, mandada por *un tal Vicente,* hombre de gran valor, activo y *práctico en la mar y costa de Berbería*, recién liberado zarpó por los últimos días de septiembre, arribando a Argel el 28 del mismo mes, y, de noche, para no ser descubiertos, se aproximó a un lugar cercano al jardín, de donde le sería fácil avisar a los escondidos en la cueva. Pero unos moros que vieron la fragata, pese a la oscuridad de la noche, comenzaron con gran algarabia a pedir auxilio, por lo que, asustados aquéllos, dieron vuelta, aunque después, para su desgracia, intentaran de nuevo acercarse a la costa, lo que les hizo caer prisioneros.

Nuevo fracaso para Cervantes y sus compañeros de infortunio. Esperaban ellos la libertad, que es *uno de los dones más preciosos que a los hombres dieron los cielos..., por ella, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres*. El Dorador, en quien Cervantes había puesto su confianza, resultó un *taimado hipócrita*; de nuevo renegó de su religión y avisó a Azán de los propósitos de aquellos. Mucho alegró al rey esta noticia, que le dio oportunidad para hacerse dueño de los cautivos que en la cueva esperaban su liberación. Ordenó al comandante de su guardia que, llevando como guía al delator y con buen número de soldados, llegase a la cueva, y se apoderase de los allí escondidos. Cervantes había advertido previamente a sus amigos que descargaran en él toda la culpa, y al tiempo que los moros maniataban a los cautivos,



Argel en 1571 tal como la conoció Cervantes en su cautiverio.

aquél dijo *en alta voz, con entereza y serenidad, que ninguno de aquellos infelices tenía culpa ni arte en aquel negocio, porque él solo era quien los había inducido a fugarse y esconderse y quien todo lo había dispuesto manejado*. Ante esto, mandó el rey Azán encerrasen a todos en su baño, excepto a Cervantes, al cual condujeron ante él; soportó un largo martirio, maniatado, a pie y *sufriendo en tan largo camino de los que le custodiaban y de la chusma de Argel todo género de afrentas, injurias y vejaciones*.

El rey le ordenó, con grandes amenazas, dijera quienes eran sus cómplices; pero nada doblegó a nuestro don Miguel. Desde un principio, se declaró jefe y organizador del intento de fuga, por lo que, ya cansado Azán, optó por apropiarse de todos los cautivos, incluido Cervantes, al cual ordenó encerrar en su baño, *cargándole de cadenas y hierros, con intención todavía de castigarle*.

Noticioso el alcaide Azán de lo ocurrido, acudió al rey, pidiéndole un duro escarmiento para los cristianos. Pero pudo más la codicia de éste, y aunque tuvo que devolver algunos a sus dueños, sin embargo, o *temiendo las trazas y travesuras suyas, o teniéndole en consideración de gran rescate*, a Cervantes se le compró a Dalí Mami, su amo, por quinientos escudos.

De las calamidades que pasó en el baño de Azán Bajá, *y aunque la hambre y desnudez pudieran fatigarnos a veces y aun casi siempre, ninguna cosa nos*

fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba a éste, desorejaba a aquél, y por tan poca ocasión y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano. Allí estuvo Cervantes encerrado desde finales del año 1577, *con gran vigilancia*. Sin embargo, ninguna de estas desgracias le arredraban; bien pronto encontró el medio de intentar de nuevo recobrar su libertad perdida. Envió en secreto a un moro con cartas para don Martín de Córdoba, general de Orán, y para otras personas principales de aquella plaza, en las cuales les pedía *enviasen algunos espías o personas de confianza con quienes pudiese huir él y otros tres caballeros que estaban cautivos en el mismo baño del rey.* Salió el moro con las cartas y antes de llegar a Orán fue detenido por otros moros, que se apoderaron de las cartas y se lo llevaron preso a Argel. El rey lo mandó empalar, aunque murió sin declarar nada; pero aquél, al ver la firma de Cervantes, ordenó que le diesen a éste dos mil palos, lo que quedó sin efecto *por los ruegos y empeños que se interpusieron a su favor; accedió el tal bárbaro*, pese a que poco tiempo antes había mandado diesen igual castigo, en su presencia, a tres cautivos españoles que también habían intentado huir a Orán.

Pese a todas estas desgracias no se arredraba Cervantes, siempre pensando en conseguir su liberación y la de sus compañeros, y así nos dirá: *Jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra, no correspondía el suceso a la intención, luego sin abandonarme fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenía la vida, encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacén, que es como decir cautivos del concejo, que sirven a la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad; que, como son del común y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate. También los cautivos del rey que son de rescate no salen al trabajo con la de más chusma, si no es cuando se tarda su rescate; entonces por hacerles que escriban por él con más ahínco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es unno pequeño trabajo*.

Se hallaba en Argel, septiembre de 1579, un granadino, conocido como el licenciado Girón, renegado español, que al abjurar de su religión, había tomado el nombre de Abderramén. Arrepentido de su mal paso, no deseaba otra cosa que volver a la verdadera fe. De todo esto se enteró Cervantes, quien le animó en todo momento a que tornase al seno de la Iglesia Católica, pensando también que le facilitaría los medios de tornar a la patria.

Con este objeto entabló relaciones con dos mercaderes valencianos, Baltasar de Torres y Onofre Exarque, vecinos de Argel, a fin de que aportaran lo preciso para adquirir una fragata armada. Girón compró un bajel de doce bancos con las 1.500 doblas que diera Exarque, *todo por dirección oculta de Cervantes*. Con la misma reserva que se había llevado a cabo todo, avisó éste a sesenta *de los más principales cautivos*, a fin de que se preparasen a embarcar al primer aviso.

Poco faltaba para la partida, cuando un traidor reveló todo al rey. Simuló éste en un principio, con objeto de poder sorprender a los fugitivos en flagrante delito y apropiárselos con toda la razón. Enterados los cristianos de su fracaso, se apoderó de ellos la congoja, en particular de Onofre Exarque, que temía perder la hacienda y vida, y en caso de que Cervantes, obligado por los tormentos, declarara todo. Por ello le pidió a éste que se embarcase rumbo a España en una de las naves próximas a zarpar, comprometiéndose a pagar su rescate. No conocía Exarque a don Miguel, que rotundamente se negó a lo que consideraba como una traición a sus amigos y compañeros. Más aún, había sido el organizador de todo el proyecto de evasión y, por tanto, estaba dispuesto a declararse responsable ante el rey Azán.

Ante esta adversidad, Cervantes, que se hallaba escondido, después de haberse fugado de casa de su amo, en la de su antiguo compañero el alférez Diego Castellano, esperaba las disposiciones del rey después de haberse descubierto la conspiración. En efecto, días más tarde, *con pregón público,* se ordenaba la captura de Cervantes, imponiendo pena de muerte a aquél que lo ocultase; ante esto, y para evitar que ningún amigo suyo sufriera nada, optó por presentarse. Para ello se valió de un tal Morato Ráez Maltrapillo, natural de Málaga, y renegado, intimo amigo del rey; le llevó Morato ante la presencia de éste, quien comenzó a preguntarle sobre sus cómplices y el proyecto fallido; *y aun para más amedrentarle hizo que le pusiesen un cordel a la garganta, y que le atasen las manos atrás, como si se dispusiesen para ahorcarle*. No era don Miguel de Cervantes Saavedra hombre para asustarse; sereno y digno, se declaró el único responsable de todo, confesando repetidamente *que sólo él lo había ideado y dispuesto todo con otros cuatro caballeros que ya habían ido en libertad, pues de los restantes ninguno lo sabía ni debía saberlo hasta el momento mismo de la ejecución*. Esta justificación logró calmar la indignación del rey, que se contentó con desterrar al reino de Fez al renegado Girón y ordenar que encerrasen a Cervantes en la cárcel de los moros que estaba en el mismo palacio. En ella estuvo durante cinco meses, *aherrojado con grillos cadenas, tratado con el máximo rigor y muy vigilado. Sin embargo, como escribió el alférez Palma, por una acción tan heroica, don Miguel cobró gran fama, loa y honra y corona entre los cristianos*.

Todas estas tentativas, el valor, la constancia y dignidad con que había sufrido tantas desgracias, hicieron que los argelinos llegaran a temer a Cervantes, hasta el punto de que el rey Azán sospechase que aspiraba a apode-

rarse de Argel y destruir aquel refugio de piratas. No iba muy descaminado, ya que, pensando no sólo en que dos que le habían precedido en empresa tan dificultosa como arriesgada, el gran número de cautivos cristianos (más de 25.000). que allí se hallaban animó a Cervantes a hacerse dueño de la ciudad y entregarla a España. Puede ser que lo hubiera conseguido, ya que contaba con elementos suficientes; sin embargo, *la ingratitud y malevolencia de algunos conjurados descubrió sus planes; empresas que, al decir del glorioso manco, quedarían por muchos años en la memoria de aquellas gentes*.

No era, por tanto, la dura prisión a que el rey Azán tenía sometido a Cervantes un simple efecto de su carácter severo y cruel, sino una medida de seguridad, por lo que acostumbraba decir que *como tuviese bien guardado al estropeado español, tendría segura su capital, sus cautivos y sus bajeles. Cervantes nos dice, poniéndolo en boca de un cautivo: sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo emió él más de una vez.*

En tanto, los padres de Cervantes procuraban obtener su libertad mediante el rescate, cosa difícil para ellos, ya que habían gastado su capital con anterioridad para conseguirla, obteniendo sólo la de su hijo Rodrigo. Cuando éste llegó a España, su padre solicitó información judicial relativa no sólo *a la calidad, circunstancias y servicios de su hijo Miguel, sino también de la absoluta pobreza en que se hallaba para poder rescatarle*. Con este objeto presentó el 17 de marzo de 1578 *un interrogatorio de seis preguntas a cuatro testigos que conocieron a su hijo en las jornadas de levante y en el cautiverio*. Depusieron los alféreces Gabriel de Castañeda y Mateo de Santisteban, el sargento Antonio Godínez de Monsalve y don Beltrán del Salto y de Castilla, quienes afirmaron ser Miguel de Cervantes, hijo de Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, de unos treinta años de edad, *según lo que representaba su aspecto*, que había sido cautivado por Dalí Mami, aunque creían se hallaba en poder del rey Azán Aga, *y que su padre era hijodalgo, y muy pobre por haber vendido los pocos bienes que tenía para rescatar a su hijo mayor.*

También por aquella época vivía en Madrid el duque de Sesa, que había sido virrey de Sicilia, a quien pidieron certificado de los servicios y méritos contraídos por Cervantes en Italia y en varias expediciones. Esta certificación, muy expresiva, afirmaba *que era digno que S. M. le hiciese toda merced para su rescate*. La muerte de Rodrigo de Cervantes, sin embargo, alargó el despacho del asunto.

Por este tiempo, y para el rescate de cautivos, se disponían a partir para Argel los frailes trinitarios Juan Gil, procurador general de esta Orden, y Antonio de la Bella, a los cuales visitaron el 31 de julio de 1579 la madre de Cervantes y su hermana Andrea, con objeto de entregarles trescientos ducados

que sirvieran para ayuda en el rescate de Miguel. También la madre había solicitado del monarca, considerando su pobreza y los méritos de su hijo, *algún arbitrio o gracia para rescatarle. La solicitud fue atendida por Felipe II, concediéndole, con fecha 17 de enero de 1580, autorización para que del reino de Valencia se pudiesen llevar a Argel dos mil ducados de mercaderías no prohibidas; sin embargo, la desgracia les persigue, y así, cuando se trataba de beneficiaria, no daban por las tales mercaderías sino sesenta ducados*.

En tanto, llegaron los padres redentoristas a Argel el 29 de mayo de 1580, comenzando desde un principio a tratar sobre el rescate de los cautivos. Pero el de Cervantes hace que se retrase todo; pedía el rey por él mil escudos, *para doblar el precio en que le había comprado*, amenazando con que si no se le pagaba esta cantidad se lo llevaría a Constantinopla, cosa que parecía iba a cumplir, ya que, en unión de otros cautivos, lo embarcó a bordo de un bajel, *asegurado con grillos y cadenas*. Ante esta situación, fray Juan Gil, temiendo que se llevasen a aquél, y compadecido de su desgraciado estado, pidió con tanta fuerza que logró rescatarle, mediante el pago de quinientos escudos *en oro de España*. Y así tenemos liberado a nuestro don Miguel un 19 de septiembre.

Ya en libertad, creyó Cervantes necesario justificar su comportamiento durante el tiempo de su cautiverio. A tal efecto, solicitó de fray Juan, en 10 de octubre de 1580, ya que no había en Argel ninguna persona entre los cristianos que tuviese la administración de justicia, y siendo él quien representaba no sólo al rey de España, sino también al Santo Padre como delegado apostólico, que mandase abrir una información ante el notario don Pedro de Ribera.

El resultado fue que Cervantes salió lleno de las mayores alabanzas por su comportamiento: *Que fue siempre exacto en todas las obligaciones y prácticas de un cristiano católico: que su zelo fervoroso y su instrucción sólida en los fundamentos de la fe le empeñó muchas veces en defenderla entre los mismos infieles con grave riesgo de su vida: que con el mismo espíritu animaba para que no renegasen a los que veía tibios y desalentados: que su nobleza de ánimo, sus buenas costumbres, la franqueza de su trato y su ingenio y discreción le grangeaban muchos amigos, complaciéndose todos en reconocerle por tal: que su popularidad y beneficencia le captaban igual concepto y aprecio entre la muchedumbre; que sin embargo de esto conservó aun en su esclavitud todo el decoro propio de sus circunstancias, tratando y conversando familiar y amigablemente con los sujetos más distinguidos por su estado y condición; y que los mismos padres redentores, conociendo su talento y buenas prendas, no sólo le trataron con singular aprecio, sino que consultaban y comunicaban con él los asuntos y negocios más arduos de sus encargos y comisiones*.

También es digna de citarse la declaración de don Diego de Benavides, que, habiendo llegado a Argel, procedente de Constantinopla y como cautivo, indagó en aquella ciudad de varios cristianos *quiénes eran los principales y más señalados; y es a Cervantes al que indican como uno de ellos, ya que*

era muy cabal, noble y virtuoso, y de muy buena condición, y amigo de otros caballeros; lo buscó y fue su amigo, encontrando en él *padre y madre*, ya que, sin conocer a nadie en la ciudad, y completamente desamparado, Cervantes, ya rescatado, lo acogió en su casa, dándole de comer, así como ropa y dineros.

Igualmente, el alférez Luis de Pedrosa declaró no haber visto en Argel a ninguno que como Cervantes se preocupase tanto por la suerte de los cautivos, ya que *en extremo tiene especial gracia en todo, porque es tan discreto y avisado, que pocos hay que le lleguen*. Asimismo, fray Feliciano Enríquez, carmelita, halló en él un gran amigo, y cuenta que, tras haber comprobado por sí mismo la falsedad de una calumnia que contra Cervantes habían levantado, sólo podía atribuirse a quienes da envidia su hidalgo proceder, cristiano y honesto y virtuoso.

Y fray Juan Gil, *después de abonar la buena fe y circunstancias de los testigos, dice tener a Cervantes por muy honrado, que había servido muchos años al Rey, y que, particularmente por las cosas que había hecho en su cautiverio, merecía que S. M. le hiciese mucha merced. A esto añadía haberlo tratado con intimidad y confianza* y que nunca hubiera querido trato con él si hubiera estado mal conceptuado.

También el doctor don Antonio de Sosa, que por hallarse cautivo cuando lo de la información no pudo decir nada, más tarde, cuando llegó a sus manos el interrogatorio, de su puño y letra escribió una declaración en la cual dice, entre otras cosas: *y si tal no fuera, yo tampoco le tratara ni comunicara, siendo cosa muy notoria que es de mi condición y trato no conversar sino con hombres y personas de virtud y bondad*.

El padre Haedo nos cuenta que el cautiverio de Cervantes fue de los *peores que hubo en Argel*; y él mismo decía años más tarde que en aquella dura escuela *aprendió a tener paciencia en las adversidades*.

Después que Cervantes hubo recogido esta información, con autorización del notario apostólico don Pedro de Ribera y una certificación de fray Juan Gil, salió en unión de otros compañeros rumbo a España, por los finales del año 1580, consiguiendo uno de los mayores contentos que en esta vida se pueden tener, cual el de llegar, después de largo cautiverio, salvo y sano a la Patria: *porque no hay en la tierra..., contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida*.

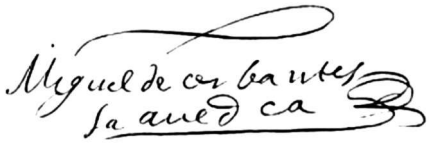
De nuevo en España, se incorpora al Tercio de don Lope de Figueroa. Con él embarca en Lisboa, en la Armada de don Álvaro de Bazán, a fin de ayudar a don Pedro de Valdés en la empresa de reducir la sublevación de las islas Terceras. A bordo del galeón *San Mateo* parece ser se halla en la batalla naval que contra los franceses se dio el 25 de julio de 1582, y en el desembarco de las tropas españolas en la isla Tercera, todo lo cual concluyó satisfactoriamente. Regresa la Armada a Lisboa y asiste de nuevo a la empresa del siguiente año en las Terceras, que también acaba victoriosamente. Asimismo, por esta

época pasó Cervantes a Mostagán, donde su alcaide le entregó cartas para Felipe II, y después a Orán, en cuya plaza se incorpora a su Tercio.

Acabadas estas campañas volvió a España y allí solicita su retiro, tras veintidós años de servicio activo, en el cual fue herido y quedó mutilado. Por el año 1588 pasó a Sevilla, acompañando al consejero don Antonio de Guevara, que había sido nombrado proveedor general de las armadas y flotas de Indias, quien lo designó comisario hasta 1593. Aunque conservó este cargo años más tarde, por la costa de Andalucía, allí le coge el desembarco en Cádiz del almirante inglés conde de Essex, año de 1596. Ya en 1590 había solicitado la Contaduría de Galeras de Cartagena de Indias, que no se le concedió. Y con esto acaban los servicios que a la Marina prestó Cervantes; los posteriores ya no son del caso. El telón de su vida cae en Madrid el 23 de abril de 1616, cuando entregó su alma a Dios aquél *Príncipe de los Ingenios y Manco de Lepanto*.

Y como final, hagamos su retrato por boca del propio don Miguel, quien escribió en el prólogo de las *Novelas Ejemplares*:

Este qe veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; oigo cargado de espaldas no muy ligero de pies; este digo que es el rostro del autor de la Galatea *y de* Don Quijote de la Mancha *y del que hizo el* Viaje del Parnaso *a imitación del de César Caporal Perusino, otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño; llámase comúnmente* Miguel de Cervantes Saavedra, *que, aunque manco, nunca lo fue ni para escribir ni para batirse, y aunque tartamudo no lo era para decir verdades.*



BIBLIOGRAFÍA

Heroica actitud de Miguel de Cervantes, cautivo en Argel. Fray Diego de Haedo.
Vida de Miguel de Cervantes Saavedra. M. Fernández de Navarrete.
Cervantes marino. C. Fernández Duro.
El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. F. Navarro y Ledesma.
Miguel de Cervantes. J. Montero Alonso.

VIDA Y HECHOS

Del Ingenioso Hida

DON QUIX

DE LA MAN

PARTE PRI

LIBRO PRI

CAPITULO

De la Condicion, y Exercicio de
Don Quixote de la M

EN un lugar de
cuyo nombre n
darme, no ha
que vivia un Hi de
lança en astillero rga
gua, rozin flaco, algo
redor. Una olla de algo mas va
ro, salpicon las mas noches, due
tos los Sabados, lantejas los Vie
palomino de añadidura los Domingo
man las tres partes de su hazienda.

Parte I. A

Composición fotográfica.
(Fuerza de Protección).